

Un lejano procedente del mayo francés de 1968

En el centenario de la muerte de Eça de Queiroz es interesante recordar su última novela *A Cidade e as Serras*, aparecida en el mismo año de su fallecimiento, 1900. La novela es una versión más del tema tradicional y famoso que en español expresamos con la frase “menosprecio de corte y alabanza de aldea”. En este caso la corte es nada menos que el París de *la Belle Époque* y la aldea el territorio portugués de Tormes, en el Baixo Douro, entre los ríos Tua y Tinhela, según el autor.

La novela está escrita en primera persona por un personaje, José Fernandes, al que su amigo Jacinto –y otros personajes— llaman coloquialmente Zé Fernandes. Jacinto es un portugués muy rico, de origen hidalgo, heredero de la gran propiedad de Tormes, es decir, “as serras”, pero que ha nacido ya en París, en una mansión de los Campos Elíseos, en el n° 202, edificio que su abuelo Jacinto Galião había comprado a un Príncipe polaco, exiliado como él en París desde mediados del siglo XIX.

El narrador se presenta al lector en estos términos:

Jacinto e eu, José Fernandes, ambos nos encontrámos e acamarádamos em Paris, nas escolas do Bairro Latino – para onde me mandara meu bom tio Afonso Fernandes Lorena de Noronha e Sande ... (*A Cidade*¹, 11)

El narrador llama a su amigo Jacinto “O Meu Príncipe” y nos presenta el proyecto vital de este en estos términos:

Este Príncipe concebera a Ideia de que “o homem só é superiormente feliz quando é superiormente civilizado”. E por homem civilizado o meu camarada entendia aquele que, robustecendo a sua força pensante com todas as noções adquiridas desde Aristóteles, e multiplicando a potência corporal dos seus órgãos com todos os mecanismos inventados desde Terâmenes, criador da roda, se torna um magnífico Adão, quase onnipotente, quase omnisciente, e apto portanto a recolher dentro duma sociedade e nos limites do Progresso (tal como ele se comportava em 1875) todos os gozos e todos os proveitos que resultam de Saber e de Poder... Pelo menos assim Jacinto formulava copiosamente a sua Ideia, quando conversávamos de fins e destinos humanos, sorvendo *bocks* poeirentos, sob o toldo das cervejarias filosóficas, no Boulevard Saint-Michel. (*A Cidade*, 12)

El narrador Fernandes nos describe con maestría y detalle todos los artilugios y medios técnicos que contribuyen a hacer la vida más placentera y más fácil a Jacinto y a sus amigos y criados en el nº 202 de los Campos Elíseos. Los placeres físicos y sociales que llenan la vida de las clases altas en el París de la *Belle Époque* aparecen brillantemente descritos y analizados. No obstante, Jacinto, “o meu Príncipe”, no sólo no se siente feliz sino que llega a sentirse deprimido, hastiado y aburrido por aquel “progreso” y por la absoluta falsedad de aquella vida social. Un buen día, al cabo de los años, en esta suprema civilización, le comunica a Fernandes que ha decidido irse al solar portugués de Tormes. Se nos cuenta el pintoresco y accidentado traslado, en tren, a través de España, y pasando naturalmente por Medina del Campo. Se nos presenta luego el nuevo ambiente rural, con los parientes de ambos personajes, hidalgos

(1) Eça de Queiroz, *A Cidade e as Serras*, Lello e Irmão, Editores. Porto, S/F.

todos, en una naturaleza exuberante y bellísima, apenas hollada por las conquistas de la técnica y los avances del progreso. Al cabo de algún tiempo Jacinto se enamora de Joaninha, una prima de Fernandes, se casa con ella y se convierte enseguida en padre de familia: alcanza así una felicidad y un equilibrio mental jamás antes conocidos.

Han pasado cinco o seis años y Jacinto habla muchas veces -dice el narrador Fernandes- de volver una temporada a París, a pasar dos o tres meses en el 202 de los Campos Elíseos, para enseñarles la gran ciudad a la esposa y a los niños. Pero Joaninha siente desplazarse y abandonar el terruño y, además, queda nuevamente encinta. El viaje a París se sigue aplazando. Pero, al mismo tiempo, tras un largo invierno, Zé Fernandes se siente un tanto vacío y desocupado; se le marcha al Brasil una viuda por la que sentía más que afecto, se le muere su yegua, un animal que era muy importante en su vida rural. Todo esto le mueve a buscar un cambio de aires, y así, es él y no Jacinto el que se va a París. Eça de Queiroz necesitaba rematar la novela con el triunfo de la "aldea", algo que ya espera el lector.

En este último capítulo, unas veinte páginas, se nos describen los sucesivos encuentros de Fernandes con las antiguas amistades parisinas. En el mismo tren francés ya, en San Juan de Luz, entra en su compartimento un antiguo amigo, el duque de Marizac; le pregunta inmediatamente por Jacinto y Fernandes nos dice:

Contei Tormes, a serra, o seu primeiro amor pela Natureza, e seu outro grande amor por minha prima, o os dois filhos, que ele trazia escarranchados no pescoço.

- Ah que canalha! -exclamou Marizac com os olhos espetados em mim.- É capaz de ser feliz! (*A Cidade*, 289)

Fernandes se interesa por todas las amistades que frecuentaban el 202 de los Campos Elíseos y Marizac le va diciendo con su habitual tono de hastío que todo sigue igual. Una vez en París, Fernandes nos describe en el registro más peyorativo,

todos los “encantos” del París de la *Belle Époque*: su lujo, su amoralidad, su falsa y monótona vida social. Va pasando revista a los lugares emblemáticos: el Grand-Hotel, donde se hospeda, el Boulevard, el palacete de Jacinto, o sea el 202 de los Campos Elíseos, el Bois de Boulogne, Montmartre... Y el lector, cada vez mejor, siente y se convence de que *as serras* han vencido brillantemente a la *cidade*. En esta descripción deja para el final un aspecto al que nunca se ha aludido antes en la novela y al que se refiere el título de este trabajo: la Sorbona. Dice Fernandes:

Passei as pontes, que separam en Paris o Temporal do Espiritual, mergulhei no meu doce Bairro Latino, evoquei, diante de certos cafés a memória da minha Nini; e, como outrora, preguiçosamente, subi as escadas da Sorbona. Num anfiteatro, onde sentira um grosso sussurro, um homem magro, com uma testa muito branca e larga, como talhada para alojar pensamentos altos e puros, ensinava, falando das instituições da Cidade Antiga. Mas, mal eu entrara, o seu dizer elegante e límpido foi sufocado por gritos, urros, patadas, um tumulto rancoroso de troça bestial, que saía da mocidade apinhada nos bancos, a mocidade das Escolas, Primavera sagrada, em que eu fora flor murcha. O Professor parou, espalhando em redor um olhar frio, e remexendo as suas notas. Quando o grosso grunhido se moderou em sussurro desconfiado, ele recomeçou com alta serenidade. Todas as suas ideias eram frias e substanciais, expressas numa língua pura e forte; mas, imediatamente, rompe uma furiosa rajada de apitos, uivos, relinchos, cacarejos de galo, por entre magras mãos, que se estendiam levantadas para estrangular as ideias. Ao meu lado um velho, encolhido na alta gola dum *macfarlane* de xadrecs, contemplava o tumulto com melancolia, pingando endefluxado. Perguntei ao velho:

- Que querem eles? É embirração com o professor... é política?

O velho abanou a cabeça, espirrando:

- Não... É sempre assim, agora, em todos os cursos... Não querem ideias ... Creio que queriam cançonetas. É o amor da porcaria e da troça.

Então, indignado berrei:

- Silêncio, brutos!

E eis que um abortozinho de rapaz, amarelado e sebento, de longas melenas, umas enormes lunetas rebrilhantes, se arrebita, me fita, e me berra:

- *Sale Maure!*

Ergui o meu grosso punho serrano, — e o desgraçado, numa confusão de melenas, com sangue por toda a face, aluiu, como um montão de trapos moles, ganindo desesperadamente, enquanto o furacão de uivos e cacarejos, guinchos e silvos, envolvia o Professor, que cruzara os braços, esperando, com uma serenidade simples.

Desde esse momento decidi abandonar a fastidiosa Cidade; e o único dia alegre e divertido que nela passei foi o derradeiro, comprando para os meus queridinhos de Tormes brinquedos consideráveis, tremendamente complicados pela Civilização, — vapores de aço e cobre, providos de caldeiras para viajar em tanques; leões de pele verídica rugindo pavorosamente, bonecas vestidas pela Laferrière, com fonógrafo no ventre...

Finalmente abalei uma tarde, depois de lançar da minha janela, sobre o Boulevard, as minhas despedidas à Cidade:

-Pois adeuzinho, até nunca mais! Na lama do teu vicio e na poeira da tua vaidade, outra vez, não me pilhas! O que tens de bom, que é o teu génio, elegante e claro, lá o receberei na Serra pelo correio. Adeuzinho!
(*A Cidade*, 301-3)

En el largo pasaje que acabamos de transcribir se nos describe la grosera e irracional protesta de los estudiantes de la Sorbona ante un profesor excelente y refinado de pensamientos y maneras. Pero lo que más llama la atención del lector que haya leído (o releído) la novela de Queiroz en el último tercio del siglo XX es la fecha en que se sitúa el episodio, 1900, y las semejanzas con los comportamientos estudiantiles que en muchas universidades y centros de enseñanza siguieron al famoso mayo francés de 1968.

El episodio de Eça de Queiroz no nos da demasiados detalles, más bien pocos, pero estos son muy significativos: del estudiante aludido se nos dice que es “um abortozinho de rapaz, amarelado e sebento, de longas melenas” y que lleva “umas enormes lunetas rebrilhantes” (*A Cidade*, 302). El muchacho parece un anticipo de la figura juvenil que a partir de los años sesenta imitaba a los famosos Beatles. Quien haya conoci-

do los ambientes universitarios de muchos países en los años setenta, cuando en todos ellos se produce un enorme y rápido crecimiento en el número de universidades y de estudiantes, no podrá menos, al leer el texto de Queiroz, de ver en el personaje un lejano anticipo del mencionado mayo francés. El estudiante, que a ojos del serrano protagonista portugués, aparece como un producto decadente de la civilización urbana de *la Belle Époque*, insulta a éste, llamándole *Sale Maure*, sin duda a causa de su aspecto meridional e ibérico. La respuesta del viejo, a quien Zé Fernandes pregunta por qué los estudiantes abuchean al profesor, completa muy bien la escueta descripción del estudiante; el portugués le pregunta al viejo si es inquina contra el profesor o si es por razones políticas, y el viejo responde que no, que “é sempre assim, agora, em todos os cursos... Não querem ideias ... Creio que queriam cançonetas. É o amor da porcaria e da troça.” (*A Cidade*, 302).

Faltaba más de medio siglo y dos Guerras Mundiales para que la música –las *cançonetas* del anónimo viejo del 1900- se vendieran en cassettes, para que naciese el género de los cantautores, más o menos revolucionarios y procaces y para que se inventasen las discotecas, el último vocablo de la familia de biblioteca pero con vocación nocturna: la gran conquista de la noche estaba en sus inicios en 1900... El incidente, situado en la Universidad que más fama venía teniendo en el mundo entero desde siglos antes, resulta premonitorio de las protestas estudiantiles que surgen en los años sesenta y es, en fin, un presagio sutil del llamado “mayo francés” con el que un gran novelista cierra sus críticas aceradas a los vicios de *A Cidade – la Ville Lumière* – “la capital del mundo civilizado” en la Europa de 1900.